

BIBLIOTECA



Camino de la inminencia*

El asombro es también una disciplina. Y el poema, en rigor, ha de concebirse como una educación de los sentidos, como una afirmación y afinación de nuestro asombro ante el mundo. Tal podría ser, quizá, el corolario a la lectura de *Poemas 1970-1995* de Andrés Sánchez Robayna (Las Palmas de Gran Canaria, 1952), que Ediciones Vuelta nos entrega ahora con la misma limpieza y sabio cuidado que exhiben los poemas. En efecto, contra quienes entienden el trabajo artístico como expresión más o menos irónica (es decir, distanciada) de una interioridad, imbuidos aún de una concepción estable del *yo* que no es sino herencia del romanticismo más somero, el poeta canario ha postulado, desde un primer momento, una concepción del poema como reflejo o *representación* del mundo. Veremos luego que dicha concepción adquiere en sus últimos libros matices propios y sin duda complejos. Pero importa recalcar que el *yo* no es aquí nunca una construcción

superpuesta de antemano al mundo. Antes bien, es el fruto de una alianza entre los sentidos y cuanto se ofrece a ellos: sentidos que exploran y reconocen el mundo; mundo que exige de los sentidos una pureza e intensidad cada vez mayor. Dos palabras resumen a la perfección la actitud de Andrés Sánchez Robayna ante su tarea: fidelidad y respeto. Fidelidad a la compleja y variada arquitectura del mundo físico; respeto por su viva e insoslayable presencia, que es siempre ajena, *exterior*. En cierto modo, Sánchez Robayna hizo suyo, mucho antes de conocerlo, el lema, casi aforismo, que Charles Tomlinson insertara en las líneas finales de «A Meditation on John Constable»: *Pues lo que él vio descubrió lo que era*. El *yo* se transforma aquí, pues, en una membrana comunicante, movida al impulso de la relación compleja y a menudo conflictiva que establecen lenguaje y mundo físico.

Cabría añadir, antes de nada, que el mundo nutriente de la poesía de Andrés Sánchez Robayna es, casi en exclusiva, el paisaje y la geografía canarias. El propio escritor ha comentado alguna vez que el poema es, ante todo, respiración del espacio insular, lectura del texto de un mundo que, según Lezama Lima, se ha convertido en un «madreporario de islas». Abundan en la obra de Sánchez Robayna las series de poemas, como archipiélagos que apuntaran a un eje o sentido central que subsume y transcien-

* Andrés Sánchez Robayna, *Poemas 1970-1995*, Editorial Vuelta, México D. F., 1997, 309 p.

de cada una de sus partes. Pero lo que abundan, sobre todo, son las referencias a elementos concretos de dicho paisaje: rocas, palmeras, juncos, retamas, arena, olas, pájaros, aguas, sal, y sobre todo ello la luz, la luz que ilumina y ciega, la luz inclemente que despierta al mundo y lo consume.

Sin embargo, si esta poesía fuera pura descripción o contemplación no merecería tal vez la atención de que ha sido objeto desde sus primeras realizaciones. Posiblemente el error haya consistido en hablar de mundo (mundo físico, mundo del poema) cuando el término más adecuado hubiera sido *teatro*. El poema, dijimos antes, es una representación: es decir, es un teatro, y un teatro de signos verbales. Los versos y las palabras (y aun las sílabas, como muestran numerosas páginas de *Tinta* o *La roca*) se distribuyen sobre la página como en un escenario, estableciendo relaciones de naturaleza fuertemente contrastiva y dramática que encarnan el meollo o sentido central del poema. Así, por ejemplo, la primera parte de «La retama», uno de los conjuntos más memorables de *La roca* (1984):

retama
tú que
yaces sobre
páramos
de viento y
matas
y sol
lento
dime tu
solo

ápice
blanco
pico
de soledad

adamada
retama

Es difícil leer este poema sin advertir, de paso, su naturaleza orgánica, su juego de imbricaciones sobre un ritmo y una melodía propias que no se cierran hasta llegar al último verso. Esto se relaciona con lo que Juan Goytisolo, en su reseña de *Sobre una piedra extrema* (1995), último poemario hasta la fecha de nuestro autor, ha llamado «la estrictez nodular del verbo, ceñido a lo elemental». He aquí uno de los placeres más inmediatos, por sensuales, que proporciona esta poesía: el contacto con un lenguaje de asombrosa precisión y economía, cuyo rigor no admite comparación en el contexto de la poesía contemporánea española, si exceptuamos los casos de José Ángel Valente y Antonio Gamoneda. Los poemas tienen la nitidez cristalina del diamante, como si la arena de los sonidos y los sentidos (esa arena que tanto aparece en los paisajes canarios de Sánchez Robayna) se hubiera transmutado en un vidrio cuyo tintineo tiene, tal vez, la misión de educar y afinar el oído de sus lectores. Sánchez Robayna es, conviene repetirlo, heredero directo de Jorge Guillén o el último Juan Ramón Jiménez, y su obra está recorrida por un mismo deseo de esencialidad e inmediata desnudez. Prueba de lo